

cioso artículo de la *Psychological Review*, titulado *A Plea for Soul Substance*.

Tampoco simpatizan los nuevos realistas con las teorías cosmológicas del peripato. En el primer volumen de su *Life of Reason*, el Sr. Santayana declara que Aristóteles, por no haber adoptado la física de Demócrito, condenó á la confusión el pensamiento humano por un espacio de veinte siglos.

Tales son, pues, las escuelas entre las cuales se divide hoy día el pensamiento americano. ¿Producirán algún resultado verdaderamente grande? ¿Pertenece á los Estados Unidos—como lo ha dicho uno de nuestros escritores en un arranque de patriotismo— la filosofía del porvenir? O bien, arrebatado por los intereses materiales, se arrastrará siempre el pueblo americano ante los altares del dios *Dollar*?

Sólo Dios lo sabe; pero sí podemos afirmar que los resultados ya obtenidos son indicio de resultados todavía más lisonjeros. Podemos afirmar también que sólo una filosofía sólida es capaz de elevar á nuestra querida patria al nivel intelectual y moral á que la obliga su asombrosa prosperidad material. Cuando detrás de la fuerza bruta de un pueblo no se hallan sólidos principios morales, no hay acto vergonzoso á que no se deje arrastrar. Se transforma su historia en una serie de actos arbitrarios é injustos que lo condenan al desprecio de la posteridad.

JOSEPH LOUIS PERRIER, Ph. D.

Nueva York, Junio de 1908.

LA EDUCACION EN COLOMBIA

(Conclusión)

§ 2.º

Condiciones accidentales

a) *Agradable*—El espíritu humano está naturalmente dotado de curiosidad hacia lo desconocido. Y ya desde Aristóteles se consideraba esta curiosidad como principio, como

causa provocadora de la sabiduría. Y no hay sér racional, por inferior que sea la categoría social á que pertenezca, que no se sienta excitado ante el fenómeno desconocido. Casi es pues inexplicable que la labor educacionista que trata de satisfacer aquel anhelo llegue á ser para el impúber y el adolescente, en la edad más sedienta de noticias, la faena más desagradable y más dolorosa con que se puede atormentar la placidez de los años juveniles. Y de tal manera lo es, que en la mayor parte de los casos iguala á un martirio; y muchos sólo se someten á ella con la conformidad con que se apura la pócima amarga que ha de volvernos la salud y conservarnos la vida.

Ahora, dada aquella disposición natural, por una parte, y esta actitud repulsiva, por otra, es fuerza concluir que hay algo completamente falso y antinatural en los sistemas educadores.

Como vimos atrás, lo interesante es el mundo vivo, el mundo de los fenómenos palpitantes; la ley que se realiza impresiona los sentidos y habla á la imaginación. Toda alma anhela empaparse en el conocimiento de esos fenómenos, penetrar sus leyes, ponerlas á su servicio como rey y señor. Mas si en vez de esto va á presentárseles un mundo pálido, cadavérico, catalogado en el lenguaje desnudo de un libro que trata de ideas puras ó fantasías desprovistas de imágenes, de calor y movimiento, se comprende que los ánimos infantiles se hastíen, que se encoja el alma, que la indiferencia se apodere de los educandos y fácilmente se pase á la antipatía y á la aversión. Y en muchos colegios casi no existe otro método que el libro; el método objetivo, el método por excelencia en los primeros años parece no existir; el método práctico, tangible, que se traduce en hechos; la enseñanza de viva voz; los mapas, los cuadros sinópticos, los apuntes, las conferencias, á nada de esto se recurre.

El camino está indicado por la naturaleza y patrocinado por los pedagogos más célebres del mundo. Cuanto más objetivo sea el método, mejor. Esta objetividad ha de

tratar de realizarse en toda enseñanza, pues tiene las incomparables ventajas de hacer el aprendizaje interesante, fácil y fecundo.

b) *Definida*—Pocos vicios cuya extirpación requiera más urgencia entre nosotros que el espíritu de superficialidad (que señalámos atrás como nota dominante de nuestro medio ambiente social). A esta necesidad atiende una educación definida. Aquí tomamos la palabra educación en el sentido restricto de instrucción ó enseñanza de una materia cierta; de un cuerpo de doctrina, de una profesión ó un arte. Nada tan estéril, si no llega á ser nocivo, como un individuo semi-erudito, semi-ignorante, que empezó á iniciarse en cualquier camino y se quedó en los principios; que llegó á tomar noticias sueltas y sin unidad de un arte, de una disciplina cualquiera, y ni ahondó lo bastante para adueñarse de ella por completo, ni hizo síntesis ninguna de los pocos datos descabalados que pudo coger. Este individuo no sabe ni qué es lo que ignora, y así supone estar en posesión de la verdad total, y sólo sirve para realizar á maravilla el ejemplar del pedante hueco, del erudito á la violeta.

La educación debe tratar de evitar estos malos resultados, y los evitará de seguro, definiéndose. Es necesario que evite toda divagación, que se haga perfectamente concreta. La definición es asunto de método, y es la base de todo método ordenado; sin embargo, la indefinición es uno de los defectos más comunes de nuestros institutos, y en general de nuestra educación, y su resultado inevitable y que cosecha la sociedad, es la vacilación intelectual y moral en los que tal educación reciben.

La tarea del maestro no es atestar la cabeza del alumno de conocimientos incompletos; tal es á menudo el estado de la ignorancia, y para esto no se necesita maestro. Si algún papel desempeña el institutor es el de comunicar claridad y precisión á las nociones que son materia de la enseñanza. Se trata de un curso de aritmética, v. g.: no es lo cuerdo ni lo honrado hacer ver al alumno, á vuelo de

pájaro, toda la materia asunto de esta ciencia; tal aprendizaje así superficial, incierto, rápido, no dejará ningún conocimiento fecundo; el alumno dirá que sabe aritmética, y quizá al salir del colegio se verá imposibilitado para liquidar la primera cuenta que le presente su padre. En cambio, otro, sin facultades sobresalientes, pero cuyo profesor se limitó á enseñarle bien lo que podía aprender: las cuatro operaciones, sabe sumar, pero sumar perfectamente en cualquier parte; es indudable que habrá adquirido un conocimiento que no se le borrará, que le será útil y de que podrá servirse siempre. ¿Cuál de los dos habrá aprovechado más? No importa la clase de trabajo, la categoría de conocimientos, el género de ciencias, el arte ó el estudio que el educando escoja, jamás será inútil para su patria el individuo que hace con perfección una obra, por humilde que ella sea. Lo que realmente es nocivo para el progreso de un país es la deficiencia y la inferioridad habitual en cualquier campo de la actividad humana. Y esta deficiencia es el resultado lógico de una educación indefinida en su objeto é indecisa en sus procedimientos.

c) *Completa*—Completa no quiere significar que verse sobre todos los ramos del saber; porque decimos completa no con relación á las materias de enseñanza, sino á lo que el individuo debe aprender. En tal sentido la educación debe ser *integral*, esto es, que atienda al desarrollo del sér, en el orden físico, moral é intelectual. Ha sido asunto muy dilucidado, y la conclusión ha sido aceptada por todos como necesaria. Haremos alguna observación sobre el sentido íntimo que para nosotros entraña esta condición, mejor dicho, qué se busca en síntesis, cuando se dice que la educación ha de ser completa.

Cuando el plan de una educación habla de cultivo físico, moral é intelectual, no pretende especializar al educando en ninguno de estos tres ramos, y lo que hace es solamente mencionar el programa que se traza para conseguir el fin que se propone: este fin es *hacer un hom-*

bre completo. Tal es el objeto de una educación que se llama *integral*.

Es necesario que haya una época en la educación en que se presente á los ojos del discípulo el fin total que se busca con su educación, que él se haga consciente de la transformación que ha de verificarse en sí mismo; que descubra el enlace y la dependencia que existe entre esas tres faces del proceso educativo, que comprenda que todo converge á un solo fin, hacer de él *un hombre*, no importa á qué categoría social pertenezca, ni qué género de estudios elija. Es lícito y se impone, dados los adelantos modernos, la especialización, en cada ramo del saber, pero antes que artista, que literato, que sabio, se debe ser *hombre*; y á llenar esta necesidad debe tender un sistema educacionista armónico y completo.

Cuál sea la edad en que mejor convenga presentar al educando el conjunto que debe realizar su educación, no nos atrevemos á determinarla. Pero nos inclinamos á creer que en cuanto el entendimiento infantil sea capaz de darse cuenta de ello y de apreciar en síntesis hacia dónde va, qué debe ser de él, cómo se subordinan unas materias á otras, y que todas las disciplinas físicas, morales é intelectuales son apenas una preparación para la vida real, que un día han de traducirse en hechos; apenas, decimos, sea el niño capaz de darse cuenta de todo esto, será llegado el caso de enterarlo hasta hacerlo que se posea íntimamente del fin práctico que ha de producir su educación, de manera que desde entonces, habiendo contemplado el todo en bloque, ya no se ahogará en los detalles y cada uno de sus actos será un paso consciente á conseguir ese fin.

II

FACULTADES SOBRE QUE SE EJERCE LA EDUCACIÓN

Averiguadas las condiciones que la educación debe tener y sería de desear se plantearan metódicamente en Colombia, réstanos decir aquí algo sobre las facultades

principales sobre que se ejerce, á saber: el entendimiento y la voluntad.

Intentamos en esta parte llamar la atención sobre el cultivo general de estas dos facultades, ó mejor sobre su desarrollo potencial, que anda muy descuidado entre nosotros, ya que en la mayor parte de los institutos sólo se piensa en transmitir al alumno un número determinado de materias; y darlo con esto por educado, y así lo entienden también los educandos, las familias y la sociedad. Se dice que hay que educar á la juventud moral é intelectualmente, y se la condena á que lea y grabe en la memoria de un modo *estático*, si se nos permite la expresión, un sinnúmero de frases, encerradas en unos cuantos libros. Esto, en lenguaje preciso, puede llamarse instrucción, y si el alumno ha sido aprovechado, se tendrá un erudito, un teórico, un sabio en abstracto. ¡Cuán diferente de esto es la educación! La educación no es la transmisión de un conocimiento sino el desarrollo de una facultad ó de todas las facultades del hombre; quien dice desarrollo dice movimiento, ejercicio, es decir, algo esencialmente *dinámico*. Es algo así como un procedimiento gimnástico en que la respectiva potencia aumenta sus fuerzas para traducirse en hechos y hacerse cada vez más poderosa.

Huelga aquí toda ponderación, todo encomio sobre la utilidad y trascendencia de este desarrollo potencial. El aprendiz cursi que se limita á tocar una pieza en el piano, llegará á ejecutarla con relativa perfección; pero ahí para su habilidad, ni sabe leer el alfabeto musical en que están escritas todas las producciones del arte, ni tiene la capacidad para ejecutarlas. Al contrario, el que por una serie de ejercicios de digitación ha habituado sus manos á toda suerte de juegos y de movimientos, los más difíciles, acelerados y complicados, y ha conquistado por el hábito la facultad de que la mano siga rápida y seguramente la impresión visual de la nota, ése, sin haber aprendido un trozo determinado, se encontrará en estado de ejecutar artística-

mente cuanto guste. El primero recibió un conocimiento concreto, el segundo desarrolló su facultad. Este ejemplo hace palpar la diferencia entre los dos géneros de cultura. Ahora, lo que sucede con la mano del artista, acontece con el entendimiento y con la voluntad, con todas las facultades inferiores y superiores del hombre, con todos sus actos, con todas sus manifestaciones. Pero todos los actos racionales del hombre tienen su origen en aquellas dos primeras facultades, de donde se desprende que la fuerza y la mayor potencialidad que en ellas se desarrolle trascenderá y se reflejará en todos sus actos.

Parece que dejamos sentado al principio de este trabajo que todas las potencias del hombre son susceptibles de adquirir hábitos, y que la educación, en su sentido más amplio, no es sino la implantación ó desarrollo de hábitos buenos para cada potencia: la educación del entendimiento y de la voluntad consistirá en desarrollar en estas facultades el hábito de actuar rápida, segura y ágilmente.

A riesgo de ser difusos queremos hacer una aclaración: el hábito en sí es un modo idéntico y constante de obrar. Pero puede preguntarse: si el entendimiento y la voluntad tienen un modo constante é idéntico de obrar, ya queda predeterminada su acción en cada caso particular, y entonces, ¿dónde existe la libertad? Y realmente el hábito tiende á convertirse en automatismo, y el acto del autómata es la negación del libre albedrío; sin embargo, de aquí no se deriva nada que lesione la facultad electiva del hombre. Y los autores sagrados, defensores del libre albedrío, patrocinan y defienden la implantación de buenos hábitos en el entendimiento y en la voluntad.

Y en realidad, si el hábito de una potencia inferior, de un órgano se llama *automatismo*, el hábito del entendimiento se ha llamado siempre talento, ciencia, inteligencia, y los hábitos de la voluntad se llaman virtudes. Y nadie dirá que el aumento del poder intelectual y la aquilatación de las virtudes disminuyan la libertad.

Educación del entendimiento—El entendimiento es la potencia cuyo acto es el conocimiento universal; educar esta potencia será hacerla que conozca mejor, de una manera más perfecta, más rápida, más seguramente. Pero el conocimiento intelectual es el resultado de un proceso en que concurren varias operaciones, á saber: a) Percepción singular y concreta; b) Conservación de este conocimiento; c) Reproducción ó copia imaginativa; d) Formación de la idea por la especie inteligible, y por último; e) Comparación de las ideas entre sí. La primera operación se realiza por los sentidos externos; la segunda, por la memoria; la tercera, por la imaginación; la cuarta y la quinta, por el entendimiento.

Las tres primeras son, pues, operaciones preliminares, que le suministran á la intelección los materiales en que ha de ejercitar su acción. Las dos últimas sí son funciones propias del entendimiento.

Es menester, pues, para perfeccionar el conocimiento, el cultivo de los sentidos, de la memoria y de la imaginación. Su ejercicio se supone en el acto intelectual, y cuanto más perfectamente actúen, tanto mejor material suministrarán á la potencia racional.

Es necesario aprender á oír, á ver, á sentir, aguzar la fuerza nativa de los sentidos, aumentar su penetración, atender por ejercicios especiales á su desarrollo y perfeccionamiento. Otro tanto se requiere para la imaginación. Esta potencia conserva la imagen de la cosa percibida, combina después entre sí diversas imágenes; crea por su cuenta complementos de las cosas percibidas, y después de quedar almacenadas allí como ocultamente, en un momento dado, resucita la imagen como el retrato vivo de las impresiones ya pasadas.

Se entiende desde luego la importancia de su papel, pues el pensamiento sólo se ejerce sobre aquellas imágenes. Pensar, reflexionar, es solamente resucitar imágenes de cosas pasadas, y comparar, analizar esas imágenes y sus cualidades, y de consiguiente es menester, por ejercicios ade-

cuados, cultivar esmeradamente esta facultad. Necesita ser fiel, vigorosa, rápida. Una imaginación débil, da una lenta producción, una marcha difícil y pesada en el entendimiento.

La expresión del conocimiento intelectual lo constituye la *idea*, y la comparación de las ideas entre sí se traduce en *juicios* y *raciocinios*.

La facultad intelectual, ejerciendo su poder sobre la imagen, excogita los atributos de esa imagen, se fija en unas, abandona otras, y forma con la parte elegida de esos atributos la *idea* universal.

Tenemos ya la idea, pero una idea sola no producirá juicio, raciocinio, reflexión. Tal era el estado mental del niño en su primera infancia; pero el uso diario de los sentidos nos llena de imágenes, y de las imágenes resultan las ideas. Cuando el número de ideas es bastante, empieza á compararse las unas con otras, á notar sus diferencias; entonces clasificamos, distinguimos un sér de todo lo que no es él, se dice que comprendemos y que ha llegado la edad de la razón.

Así pues, fijarse y escoger las cualidades de una imagen para hacer ideas y comparar luego las distintas ideas entre sí, así es lo que constituye esencialmente la potencia intelectual.

El poder intelectual se perfeccionará por ejercicios especiales sobre estas dos operaciones: *abstraer*, *comparar*. Esto equivale á enseñar, á pensar, á hacer al alumno apto para que ratiocine por sí mismo, penetre rápidamente el sentido íntimo de las cosas, se haga cargo de ellas, las pese, las someta á la comparación con otras muchas; busque y establezca y descubra relaciones; se fije en las causas y averigüe los efectos; en fin, á formar en el niño un entendimiento poderoso, educado, capaz de investigar sólo la verdad, que es el camino por donde marchan los pensadores, los inventores, mejor dicho, los varones privilegiados.

La voluntad—Si la gimnasia del entendimiento es tan necesaria en Colombia, á pesar de abundar los talentos y no poder calificarse nuestro pueblo de lento para aprender, ¿qué no deberá hacerse para fortificar la voluntad, nuestra potencia débil, según queda dicho en las precedentes observaciones?

El entendimiento puede compararse á un espejo, que reproduce las imágenes de las cosas; aunque potencia activa, no determina inmediatamente nuestra conducta, ni decide de nuestra felicidad. La voluntad es esencialmente dinámica; nos lleva al bien conocido por la razón, hace que nos apoderemos de él, y lo poseamos plenamente. Muchos son en el mundo los hombres de entendimiento superior; pero los que brillan en la historia esplenden, gracias á haber tenido una poderosa voluntad. Esos son los santos, los héroes, los sabios: San Pablo y San Agustín, Colón y Bolívar, Newton y Leibnitz.

La voluntad necesita un fin último á que dirigirse, una regla para llegar á él, medios para conformarse á la norma, venciendo obstáculos y pasiones. La humanidad ha venido preocupándose de tan importantes problemas, desde que apareció sobre la tierra; y son y han sido muchas las escuelas que han trabajado por resolver la ardua cuestión.

Sócrates puso como fin la imitación de Dios; como regla, los preceptos, aunque incompletos, de la ley natural; como medio, el propio conocimiento. Los estoicos intentaron como objetivo la superioridad del hombre sobre cuanto le rodea; como ley, anonadar las pasiones; como medio, el *abstine et sustine* famoso. Según los epicúreos, el hombre existe para la dicha terrena, la moral consiste en la tranquilidad del alma; á ella se llega por el uso moderado de los placeres. Los panteístas de todo tiempo, desde Vyasa hasta Hegel, juzgan que el destino final del hombre es confundirse con el Ente único, con el Gran Todo; tienen como regla y como medio, ó el nihilismo brahmánico, la *nirvana*, ó las estériles austeridades *yoghistas*, ó

la falsa mística de la escuela alejandrina, cuyos últimos ecos fueron el sistema de Molinos, el de Madame Guyón, el del ilustre y piadoso Fenelón en un momento de involuntario extravío (1).

El Cristianismo, descendido del cielo, nos propone como fin la posesión de Dios; como norma, la moral evangélica, absolutamente perfecta; como medios, la gracia, la oración, los sacramentos. Pero ese auxilio sobrenatural, llamado gracia, no fuerza la voluntad, sino la auxilia: y para que el hombre corresponda á ella, es preciso educarle la voluntad.

El trabajo que se impone á una potencia debe ser proporcionado á sus fuerzas. Entonces la labor, en vez de repulsión, vendrá á ser fuente de goces íntimos; porque, empezando por ejercicios simples y sensibles, sentirá la voluntad que crece su potencialidad, y se animará á tareas más y más difíciles. En esta marcha progresiva, podemos distinguir tres jornadas.

La primera se cumple mediante la obediencia á la disciplina escolar, obediencia casi mecánica en el niño, quien se mueve por el respeto instintivo al superior y por el ejemplo de los demás; más consciente en los muchachos de doce á dieciséis años, capaces ya de raciocinio, y á quienes determina de preferencia el temor de la reprensión y el castigo, la esperanza del premio; reflexiva en el joven que trabaja y se vence por la conciencia del deber. Mas este amor á lo recto, á lo bueno, por sí mismo no es, en el orden natural, sino patrimonio de muy pocas almas privilegiadas; y en ellas produce la estéril virtud estoica, no la fecunda virtud cristiana. La noción del deber, bien comprendida, viva en el entendimiento, adueñada de la voluntad, forma las grandes naciones. Nelson, el día más glorioso de la historia de Inglaterra, no pidió á sus soldados sino que cumplieran con su deber.

(1) V. *Historia de la Filosofía*, por el P. Zeferino González, de la Orden de Predicadores, Cardenal Arzobispo de Toledo.

Pero la disciplina escolar sola reduciría al hombre, en cierta manera, á un papel puramente pasivo, y hay espíritus nacidos para la iniciativa, para trillar senderos nuevos, para ser guías y directores de los demás. A tales personas no les basta cumplir leyes y voluntades ajenas: necesitan hacer florecer su propia personalidad. A esta necesidad responden las dos jornadas siguientes:

En la primera, el maestro propondrá al educando tareas, ejercicios que ya no pertenezcan al reglamento, sino que son de aceptación voluntaria, pero cuya conveniencia se hace ver al discípulo. Preciso es que el institutor inicie estos trabajos, porque la actividad personal, para dar los primeros pasos, necesita que el impulso venga de fuera.

En la tercer jornada, el joven, ya conociéndose á sí mismo, ensayadas sus fuerzas, determinada la carrera y la especialidad que ha de seguir, se propone á sí mismo las pruebas que necesita, los estudios adicionales que le convienen. Entonces adquiere el arte de gobernarse, sin perjuicio de dejarse gobernar por los superiores legítimos. Tales iniciativas, que no han de oponerse al orden del colegio ó escuela, lejos de dañar la disciplina, la hacen agradable, la embellecen y vivifican.

Los métodos particulares para lograr tan altos fines se hallan en los excelentes libros de Pedagogía y Didáctica que se publican en Europa. Tal estudio excedería los modestos límites de nuestro trabajo, que ha resultado más extenso de lo que hubiéramos deseado. Tiempo es de darle fin y remate.

Si el culto y benévolo lector ha hallado en nuestro humilde escrito algo atinado y digno de estima, tenemos en justicia que decirle que todo ello es fruto de la fecunda savia que circula por las venas de nuestro amadísimo Colegio del Rosario; todo resultado de las enseñanzas que hemos recibido, más que con las lecciones de las aulas, con los ejemplos y prácticas de nuestros superiores, con el régimen admirable del Instituto, cuya historia va unida á



los mejores recuerdos de la Patria, semillero inexhausto de hombres esclarecidos, gobernado hoy por un varón de espíritu elevado, amigo austero y cariñoso de sus discípulos y cuyo nombre es prez de la tierra colombiana.

ALBERTO CORADINE

EL CUENTO DEL ABUELO

Tomando el fresco á la puerta de una hermosa casa de campo estaba sentado un anciano; aunque los años habían emblanquecido sus cabellos, no habían podido quitar el color de la juventud á sus mejillas.

Miraba complacido á sus netezuelos que acababan de llegar de la escuela: el mayor, de doce años de edad, jugaba con su perro, mientras una de las niñas cogía flores para hacer un ramillete, y otra leía en un libro. Una niña, como de unos tres años, se había subido á las rodillas del anciano, y le acariciaba cariñosamente.

Después de haber jugado un rato, dijo el niño: abuelito, ¿por qué no nos cuentas un cuento?

—Sí, sí, repitieron en coro las niñas, dejando la una sus ramilletes, y cerrando la otra el libro en que parecía estar leyendo con la mayor atención.

—Sí, abuelito, refiérenos uno de esos cuentos que tú sabes contar con tanta gracia, dijo la del ramillete.

—Estoy dispuesto á complaceros, dijo el abuelo, pero ¿qué clase de cuento queréis?

—Un cuento de hadas, respondió la niña, que justamente acababa de leer uno.

—Siempre les place á las niñas oír semejantes consejos porque están llenas de sucesos maravillosos, dijo el anciano.

—Cuéntanos algo de batallas y guerras, replicó entonces el niño.

—Sentaos aquí al rededor, dijo el buen anciano, y os contaré algo que ni tiene los portentos de un cuento de hadas, ni los horrores de las batallas.